

MARCOS 14:22-26, LA CENA DEL SEÑOR

Introducción: Es un gran privilegio ser invitado a la mesa del Señor. Es un gran privilegio gozar de su provisión. Los doce pudieron gozar de la comunión con su Señor en esa última cena pascual, pero muy seguramente solo once permanecieron con él durante la institución del sacramento de la Cena, con diferente al que acaban de celebrar en sus elementos, pero igual en su significado, pues ambos apuntaban al verdadero cordero inmolado a favor del pueblo de Dios, al único que daba verdadera salvación, liberación de la muerte y la esclavitud del pecado. Por el relato de Juan 13, podemos inferir que terminando (o como Marcos dice mientras comían) la cena pascual, Judas sale del aposento alto, de la comunión con su Señor y sus consiervos, para ir precipitadamente a entregar al salvador en manos de inicuos. Dios tenga misericordia y nos libre de salir de la comunión con el Señor y su iglesia para ir a la compañía de los pecadores impenitentes, *“Porque he aquí, los que se alejan de ti perecerán; Tú destruirás a todo aquel que de ti se aparta”* nos advierte el Sal. 73:27. Pero ahora nos enfocaremos en la institución del sacramento de la Cena del Señor, y los beneficios que ofrece a los verdaderos creyentes que participan con fe de él. Entonces veamos qué significa, sella, simboliza y anuncia **La Cena del Señor**.

I. El cuerpo de Cristo

En primer lugar, cuando participamos del Cena del Señor, participamos de **El cuerpo de Cristo**. El verso 22 de nuestro texto dice: *“Y mientras comían, Jesús tomó pan y bendijo, y lo partió y les dio, diciendo: **Tomad, esto es mi cuerpo**”*. El Señor mediante la oración y acción de gracias apartó el pan del uso ordinario para llenar de significado lo que ahora conocemos como la Cena del Señor. No debemos pensar que en ese instante el pan dejó de ser pan y se convirtió en el cuerpo de Cristo, él estaba físicamente sosteniendo el pan y no “siendo uno con el pan”, en ningún momento es la intención del Señor dar a entender tal cosa. Recordemos que es una forma figurada de hablar. Por ejemplo cuando el Señor dijo “yo soy la vid y vosotros los pámpanos”, no dice que se convirtió en una vid y que nosotros nos convertimos en unas ramas de la vid, lo que hace es ilustrarnos por medio de dicha figura nuestra unión vital con nuestro Señor y Salvador. El Señor Jesús tomó el pan y lo bendijo,

A. El pan provisto por Dios

El acto de bendecir el pan, de dar gracias a Dios por él, nos enseña que es la provisión de Dios para nosotros. Dios es el que nos sustenta, el que nos da los medios necesarios para nuestro sustento, así como Cristo sustentó a la multitud como vimos en Mr. 6:41. Es Cristo mismo nuestro sustento provisto por Dios, el pan que descendió del cielo para el sustento de su pueblo, comparemos Dt. 8:3 Vs. Jn. 6:51. Es Cristo la provisión de Dios para su pueblo, y cuando comemos el pan dedicado para el sacramento de la Cena del Señor, estamos reconociendo que realmente es Cristo, ese pan del cielo provisto por Dios. El Señor Jesús, tomó pan y bendijo, y lo partió. Enseñándonos que él es el pan provisto por Dios,

B. Partido por nuestros pecados

Parafraseando a un comentarista podemos decir que, tan cierto como ese pan estaba siendo partido delante de los discípulos, y comieron todos de ese pan con su boca, así de cierto el alma hambrienta

de los discípulos estaba siendo saciada de la justicia y la paz de Dios por medio de aquel que llevaba todos sus pecados, tal como afirmaba el profeta, Is. 53:5. Cuando vemos el pan partido en la Cena del Señor, debemos recordar el sacrificio de Jesús, y con profundo gozo y reverencia reflexionar en la obra de Cristo en la cruz, por medio de la cual ahora tenemos paz para con Dios. Dios mismo nos ha provisto en Cristo el pan del cielo,

C. Del que nos apropiamos por la fe

Eso manda el mismo Señor Jesús, “tomad, [comed], esto es mi cuerpo”. Y como vimos en Jn. 6:51, al comer de este pan se nos asegura que viviremos para siempre. Esa es la promesa fiel de Dios, vida abundante, vida eterna en su Hijo Jesucristo. Nuestra alma es así alimentada, pues al reconocer que somos pecadores pero que Dios nos ha provisto el Salvador de todos nuestros pecados, y vemos a Cristo, cuyo cuerpo fue partido por nuestros pecados, es decir, su ser completo sufrió el castigo de nuestros pecados, al considerar esto, en profunda reverencia, fe y acción de gracias, comemos del pan de vida. Decimos unidos a su pueblo, Cristo es nuestro, y nosotros de él, y cada uno en particular, Cristo es mío, y yo de él, como cantamos también “ya pertenezco a Cristo, él pertenece a mí”. Renovando así nuestra fe y nuestra entrega al Señor.

II. La sangre de Cristo

Pero no solo usa un elemento el Señor en este sacramento, sino también usa de vino, para señalarnos **La Sangre de Cristo**, este es nuestro segundo punto. Y antes de seguir quiero señalar cuánto mal uso se ha dado a esta expresión, que para muchos no es más que un amuleto, un mantra, o una frase mágica de protección o seguridad como en algunas partes del país se ha tenido. La sangre de Cristo no es un escudo protector contra demonios como algunos suelen pensar, ni una fuente de poder para el creyente hacer señales o prodigios. La Sangre de Cristo es el elemento en el cual es ratificado y santificado el pacto de gracia, puesto que sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados (Heb. 9:22), entonces la sangre de Cristo es simbolizada en esa copa de vino que tomamos en la Santa Cena. Es la sangre de Cristo señal segura de

A. Gracia para los verdaderos creyentes

Como les dije al principio muy seguramente Judas salió antes de la institución de la Santa Cena, pero aún si hubiese participado, de nada le hubiera servido, así como no le sirve de nada a los que sin saber ni entender el significado de la Cena se acercan a ella. Al contrario, juicio come y bebe para sí, y es hallado culpable ante Dios de la muerte del Señor, un horrendo juicio para el incrédulo, advierte el apóstol Pablo, 1 Cor. 11:27, 29. Pero para todos los verdaderos creyentes, es muestra viva de la gracia de Dios en Cristo. Dice Marcos 14:23 “Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio; y bebieron de ella todos”. Recibieron esta copa de la mano del Señor, el anfitrión de la cena, después de haber recibido su bendición. Bebieron de ella todos los que estaban en comunión con Cristo, los que seguían alrededor de su mesa. Cada vez que participamos de la copa de bendición, testificamos también de esa unión permanente con Cristo y con su iglesia, pues de esa copa participan todos los creyentes verdaderos. Cada vez que participamos de la copa en la Cena del Señor, recordamos la

divina gracia que nos es otorgada por el derramamiento de la sangre de Cristo en la cruz. Cuán preciosa y cuán bendita es la sangre de Cristo,

B. Señal del pacto

“Esto es mi sangre del nuevo pacto” dice el Señor Jesús. Y es así como debemos ver y entender el derramamiento de su sangre, al cual hace referencia, la copa de vino que tomamos cuando participamos de la Santa Cena. La sangre del pacto. Ya Dios había instruido a su pueblo mediante los sacrificios de animales lo que apuntaba el derramamiento de sangre, y cómo esta se convertía en señal de una promesa dada por Dios mismo a su pueblo, un ejemplo de ello vemos en Ex. 24:4-8. La sangre rociada sobre el pueblo fue una señal firme del pacto establecido por Dios con su pueblo. Así lo determinó Dios mismo, ahora Cristo dice que hay un nuevo pacto que Dios concertó, pero la señal no es la sangre de los animales, como se hacía con la pascua, sino con su propia sangre, cumpliendo así el significado de la pascua, y los creyentes en adelante deberían celebrar el sacramento no cruento, con nuevos elementos, pan y vino, siendo el vino símbolo de la sangre que es la señal del pacto, así como también la sangre en los dinteles de las puertas de los hebreos en Egipto la noche de la pascua, sirvió de señal para que la muerte pasara de largo y no los tocara. Cuán preciosa y cuán bendita es la sangre de Cristo, es la señal del pacto que Dios ha hecho de salvar a su pueblo, pacto eterno, administrado de forma diferente antes de la venida del Señor para apuntar a la obra que haría el mismo Hijo de Dios, pero administrado luego de su muerte de tal forma que podemos hablar de un nuevo pacto, mucho más glorioso pero señalado por medio de elementos no cruentos y muy sencillos, para que en fe humilde recibamos y nos apropiemos de la promesa de salvación en Cristo. Su sangre fue

C. Derramada por muchos

No dice por todos como los universalistas quisieran. No todos creen en Cristo, no todos se someten a él, no todos están comprometidos en seguirle exclusivamente. Pero tampoco son unos cuantos los beneficiados efectivamente por este precioso sacrificio del Señor, pues aunque es un remanente, es una gran multitud que no se puede contar, tal como se le prometió a Abraham (Gén. 15:5, 22:17-18, Vs. Ap. 7:9). ¿Haces parte de esos muchos?, como cantamos a veces, ¿sabes tú de Cristo, le conoces ya?, ¿te has apropiado de su sangre derramada en la cruz, como la sangre del pacto en la cual has sido apartado para Dios como pueblo suyo, con la seguridad del perdón de tus pecados que llevó Cristo en la cruz?. Cuando participamos de la Cena del Señor, tan cierto como se derrama el vino en la copa, al tomar de ella, nos apropiamos del sacrificio de aquel que derramó su alma por nosotros, Is. 53:12. Y pensamos sobrecogidos por el amor de Dios, que somos de Cristo, somos su pueblo, pero también cada uno en particular ha de ser afirmado en la fe y considerar lo que esta preciosa sangre le ha dado, como poéticamente dice el himno llamado “En la vergonzosa cruz”:

“En la vergonzosa cruz padeció por mí Jesús;

Por la sangre que vertió mis pecados él expió.

Lavará de todo mal ese rojo manantial,

El que abrió por mí Jesús, en la vergonzosa cruz”.

III. La venida de Cristo

Finalmente, la Cena del Señor aparte de señalarnos, simbolizarnos y sellarnos la promesa de Dios, el pacto de Gracia al participar del cuerpo y la sangre de Cristo señalados en el pan y el vino, nos habla de **la venida de Cristo**. De esta promesa nos habla expresamente el verso 25 de nuestro texto.

A. Una gloriosa Cena de Comunión

Cuando Cristo venga, el gozo que tendrá su pueblo, todos los que le esperan, se compara a cenar con Cristo en el reino de Dios, como se ilustra en el hecho de participar de los elementos del pan y el vino en la Cena. En el reino de Dios, o en la consumación de nuestra salvación, cuando estemos con Cristo por la eternidad, esta Cena será completamente cumplida, habremos entonces anunciado la muerte del Señor hasta que él venga, 1 Cor. 11:26, y reinaremos con él por la eternidad libres de toda clase de pecado y toda clase de maldad, allí estarán solamente los redimidos, los seguidores de Cristo, Ap. 21:1-8. La venida de Cristo entonces será para los creyentes

B. Un eterno celebrar la salvación de Dios

Durante la cena de la pascua, los judíos solían cantar himnos exaltando la salvación del Señor, tal como se expresa en los salmos 115-118, que probablemente eran los que cantaban en esa ocasión. Marcos nos señala en el verso 26, que en el aposento alto también hubo tiempo para celebrar la salvación de Dios mediante el cántico de himnos o salmos. Hermanos, estamos llamados a celebrar la maravillosa salvación de Dios en todo momento. Cristo mismo, a punto de entregar su vida por los suyos, participó de este tiempo de adoración al Padre celestial. Algunos supuestamente “celebran a Dios”, “adoran a Dios”, pero no han recibido su salvación, no saben ni disfrutan del verdadero perdón, sus vidas siguen sin ser transformadas, pero cantan, saltan, y se emocionan en un “culto atractivo” o “alegre”, y odian una adoración reverente y profunda basada en el entendimiento de la obra de Cristo. Pero los verdaderos creyentes, cuando Cristo venga, celebraremos eternamente la salvación que nos ha dado, y como el salmista cantaremos: *“Alabad a Jehová, naciones todas; Pueblos todos, alabadle. Porque ha engrandecido sobre nosotros su misericordia, Y la fidelidad de Jehová es para siempre. Aleluya”*. Y desde ya podemos empezar a hacerlo, porque la venida de Cristo, que también anunciamos al participar de la Santa Cena, es

C. Una esperanza para glorificar a Dios ahora

Desde ya podemos cantar el salmo 117, y llenarnos de valor para vivir nuestro día a día esperando con gozo la gloriosa venida de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Si hemos entendido que el cuerpo de Cristo fue partido por nuestros pecados, que su sangre fue derramada para el perdón de nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad, ahora llenos de gozo, podemos celebrar la salvación de Dios, y vivir con regocijo y firmeza la nueva vida en Cristo en nuestra familia, en la iglesia local, y en la comunidad, tal como expresamos es nuestra misión como iglesia local. Gracias a esa esperanza gloriosa que también anunciamos al participar de la mesa del Señor, tal como se nos enseña en su palabra, recibimos la capacidad de experimentar la gracia de Dios en la familia, la iglesia local, y la comunidad en general como señalamos en nuestra visión de iglesia local. Esto es, manifestando las virtudes del Señor en nuestro día a día, adorándolo no solo en el culto público cada domingo, sino también en nuestro trabajo o estudio diario, en nuestra cotidianidad.

Conclusión: La Cena del Señor está llena de significado, y es un medio de gracia para nuestro fortalecimiento y crecimiento espiritual, no podemos despreciar este gran privilegio que tenemos de participar de ella. Sus elementos nos hablan del cuerpo y la sangre de Cristo, que nos simboliza, señala y sella la promesa de salvación en Cristo. Y nos recuerda nuestra gran esperanza que será consumada cuando Cristo venga, por esa esperanza somos renovados en la fe, y nuestro compromiso con el Señor también debe ser renovado al participar de su mesa, y vivir entonces esa nueva vida en Cristo con regocijo y firmeza, experimentando a diario la gracia de Dios. Apliquemos esto entonces de la siguiente manera: ¿podemos ver a nuestro cónyuge y nuestros hijos como coherederos de esa maravillosa salvación, nos preocupamos por su bienestar espiritual, buscamos fortalecer nuestra fe y la de ellos al utilizar los medios de gracia que el Señor nos ha dado, es real nuestra esperanza en Cristo?, ¿cuál es nuestro compromiso con la iglesia local si hemos comprendido la esperanza gloriosa que tenemos en la venida del Señor?, ¿cuál es nuestro compromiso con este mundo que va a la perdición y necesita el evangelio?, ¿cuál es el testimonio que estamos dando con nuestra vida y nuestras palabras?. Que Dios nos ayude a servirnos unos a otros en humildad, creciendo en amor, perdonándonos unos a otros, y mostrándonos unos a otros a Cristo, su buena nueva siempre. Oremos.